

Diario de
Italia

Marina Hernández

en el mar
editorial

Primera edición: septiembre de 2021

© Texto: Marina Hernández

© Corrección: Ana Castro

© Diseño cubiertas: Celia López Bacete www.celialopezbacete.com

© Ilustración cubiertas: Lucía Soler www.ludeilusion.com

Maquetación y diseño interior: Lara Losada

ISBN-13: 978-84-122632-3-7

Depósito legal: D.L. TO 237-2021

Impreso en Madrid, España.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra.

Este relato fue escrito en el transcurso de un viaje que duró siete días.

La memoria permanece hasta mucho después, como un animal fantástico que cuando se mira de nuevo: ya ha cambiado de forma.

Reescribí algunos pasajes para separarme del relato. Los nombres de los protagonistas son ficticios.

Todo lo demás sobrevive.

En el aeropuerto de Roma-Ciampino huele a lluvia nocturna. De esta ciudad solo voy a rozar sus no-lugares, allí donde las personas no viven, solo reposan, transitan o suceden. Después viajaré hacia el sur en un tren de segunda clase. Aún queda en el aire el resplandor de la ciudad aparecida, una pared de luces que se extiende hacia el horizonte plano.

Vengo a Italia con la certeza ligera de que me dirijo al sur, pero también puede no ser. Cada viaje es diferente y para este no preparo nada más que una mochila pequeña y un cuaderno. Nunca he visto un mapa de esta tierra de cerca.

Mi padre me pregunta acerca de un recuerdo de infancia y después subo al avión. No sé qué responder. Me doy cuenta de que lo primero que perdemos son los nombres de los lugares, de las personas que pasan brevemente como sombras entre nosotros.

A este viaje no le pido nada. Siempre llevé mis expectativas conmigo, pero esta vez trato de cargar solo lo suficiente. Creo que me alejo de un lugar no para aproximarme a otro, sino para poder mirar mi hogar desde lejos. Viajo, quizá, para perder lastres.

Veo carteles en otro idioma y me sorprende haber atravesado un mar y una lengua en tan poco tiempo. Tampoco le pido a mi cuerpo esta vez que lo haga todo, que llegue pronto, sino que me sumerjo en un *dolce far niente* que me llena, como llena el agua todos los espacios, siempre maleable porque carece de forma.

Pero sobre este lugar no sé nada y eso es lo que escribo. Registro un aeropuerto sucio, frío, a la temperatura de las máquinas, donde la gente pasa y calla o habla en otros idiomas que no necesito entender. Se dicen horarios, países, monedas, pero no los recuerdos ni deseo por los cuerpos que esperan del otro lado. Yo pienso en esas cosas mientras callo en mi idioma. Quiero tocar mi cuerpo con el cuerpo de un país vecino, una prohibición expresa de la lengua que

me invade y se acomoda en algún lugar de mí. Una caricia extranjera que nunca me abandona.

Habito un aeropuerto silencioso. Una sola noche. Suenan los ruedines sobre el linóleo y el zumbido de los aires acondicionados me acompaña mientras yo espero la salida del sol. La visión del cielo nocturno se vuelve sueño mientras pasan las horas. Soy la última persona que habita un lugar inhabitable. No tengo más compañía que la palabra naciendo.

Ahora que me alejo, la escritura toma conciencia de su propia forma. En Madrid la he forzado para mantenerme conmigo; he hablado tanto del cielo y de los pájaros, de la casa y de la lluvia, que dejé de sentir. Procuero esta vez acercarme al misterio de forma sigilosa, dejar que ocurra. La escritura es el misterio sucediéndome como una ola que atraviesa las paredes de lo que puede decirse.

¿Existe la invisibilidad?, me pregunto mientras camino por las calles de los barrios aledaños a mi casa. Es una noche de fiesta y quiero volverme transparente entre los cuerpos, tocarlos sin que nadie se dé cuenta de que estoy allí con ellos, sin que nadie me pregunte quién soy, qué hago allí, cómo llegué hasta tan cerca. Ser invisible para bailar entre la muchedumbre, entre toda esta gente que no me importa nada, ni su nombre, ni si se divierten, ni si tomaron drogas, ni lo que piensan del sexo eventual ni del deseo. Observarles reírse muy cerca de su boca. Oír los susurros que se dicen los próximos amantes y estar allí para verlos, solo mirarlos, sin ser tocada ni mirada, solo observarlos a punto de caer en esa nube dulce del verano y del amor efímero. Ser la materia traslúcida que acaricia silenciosamente sus mundos lejanos. Ser el movimiento de sus piernas y sus manos sobre el asfalto sucio de una noche de fiesta.

En mi silencio transparente nadie me mira. Estoy sola y ellos son todos amigos. Algo me parece delicioso de esa idea de soledad.

Los viajes son capas que voy reuniendo en torno a mi centro. Cada palabra que escribo, también cada uno de mis sueños y mis anhelos, llevan implícitos el cielo gris de Lima, el bosque de Vilcabamba, las flores en los tejados de Hoi An, las islas a solas en Palawan, los ocre de Errachidia, la soledad gigante de San Petersburgo y el cauce de un gran río en Lisboa. Cada trazo se ha empapado de todos los acentos colectados. En cada palabra que escribo ahora está el gesto del hombre que atraviesa el bosque sin hacerse notar, está la piel enrojecida de las mujeres que baten la ropa a pie de agua. Y la mirada del cordero. Y la mano que siembra. Y las noches sin luz.

Desde arriba del promontorio, en la bahía de Trevento, miro a los chicos que se bañan en la playa. El viento frío, me digo, *il vento freddo*. Repito palabras como invocaciones, sin saber bien qué digo ni por qué lo hago. Me detengo en los sonidos, en la forma de mi lengua cuando susurro mi idioma inventado. La lengua de los otros es veloz dentro de sus bocas y yo me siento pequeña sin poder hablar. Un fantasma, quizá. Alguien que sin su palabra muere.

Debajo del jersey rojo, el bikini mojado. Todo mi cuerpo expuesto al viento frío que recorre la orilla del acantilado. Frente a mí el cielo se vuelve brillante en la hora azul. La costa amalfitana, escarpada y oscura, se sume en la noche. Entre sus pliegues comienza a amanecer una ciudad encaramada a la roca.

Caminamos Salerno, la ciudad *vecchia*, y fotografiamos las sombras en lugar de las luces, los edificios gigantes y silenciosos, las *scalas* amplias, las cajas postales desordenadas en las paredes, los mordiscos de moho, herrumbre, humedad y tiempo. Trato de agarrar palabras en lugar de imágenes. No sé por qué mi mapa está siempre tan vacío. Supongo que estoy fotografiando también las sombras de mi lengua, por eso no me atraen los espacios iluminados sino ahí donde no ocurre nada en apariencia más que la ausencia de luz. Los coches mal aparcados me atraen, también una escalera amplia que nos lleva a una ventana particular a la bahía. Enfrente hay una puerta de madera grande y maciza y al otro lado un papagallo que canta. Continuamos la ruta nocturna, la ciudad está vacía de todo. Camillo y Ximena caminan por delante, miran un mundo que entienden y que yo no. El deleite es encubrir —y no descubrir— con la mirada lo que el mundo nos ofrece.